

MAESTRO DE LA CIRUGÍA CHILENA

Homenaje al Dr. Pedro Castillo Yáñez 26 de Noviembre de 2003

En el año 1966, haciendo un periplo desde Valparaíso a Concepción en donde estudié mis dos primeros años de Medicina, aterricé en el tercer año de la carrera en el hospital Clínico de la Universidad de Chile, entonces José Joaquín Aguirre, para hacer mis clínicas en la cátedra del Prof. Dr. Oscar Avendaño Montt en Medicina Interna y Cirugía con el Prof. Dr. Juan Allamand Maudane. Interesado desde niño por razones seguramente genéticas en la cirugía, me deslumbré con esta disciplina y fue allí donde trabé contacto con quien devino en ser mi tutor, maestro socrático en cirugía, a mucha honra amigo y con modestia paciente, a lo largo de mi vida.

El Dr. Pedro Castillo era jefe de una sección de hospitalizados en el primer piso del Sector B, celosamente cerrado por una mampara de vidrio, tras la cual el orden, la metodología científica y muy en especial el respeto por el paciente, eran el reflejo de su jefatura.

Su presencia era imponente, con un rostro de edad indeterminada, cabellera más bien abundante, con un pulcro delantal blanco y modo amable, destilaba seguridad. Dotado de una exquisita sensibilidad nos enseñó desde el primer día y para siempre el respeto por el paciente, cuidado y comprensión por los detalles más mínimos del sufrimiento de los enfermos.

Por su sector pasamos muchos alumnos que fuimos cautivados por esta disciplina, entre ellos Julio Yarmuch, Sergio Baez y el que habla entre otros que nos precedieron y algunos que nos siguieron, que decidimos seguir el ejemplo de este maestro y abrazar esta disciplina.

Pedro Castillo Yáñez nació en Santiago en 1927. Estudió con una "beca de mérito" en el Instituto Nacional Barros Arana entre los 11 y 16 años. Ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile en 1944 y desde el primer año se fascinó con la cirugía, subiendo a los miradores vidriados de los pabellones de la cátedra del Profesor Alfredo

Velasco, en el viejo hospital de San Vicente de Paul. Por su cara de niño más de una vez fue mirado con suspicacia e incluso recriminado y ordenado ser expulsado solo para constatar con sorpresa que era alumno regular de primer año de Medicina.

Se tituló de Médico-Cirujano en junio de 1951 y demostrando su interés por la anatomía ingresó tres años antes en 1948 como "ayudante ad honorem" a la Cátedra de Anatomía Normal bajo la dirección de don Gustavo Jirón y en la que se mantuvo hasta 1958 llegando a ocupar el cargo de Jefe de Trabajos. Esta experiencia la vimos reflejada quienes nos formamos bajo su alero en la precisión y delicadeza con que el Dr. Pedro Castillo disecaba los planos anatómicos en cirugía, tratando con su mano izquierda cada tejido y cada estructura como si estuviese preparando una pieza para el museo de Anatomía.

Su paso por la cátedra de Anatomía tuvo otra influencia decisiva en su vida pues se enamoró de una hermosa e inteligente alumna, con quien se casó en 1953. Erika Taucher y Pedro Castillo constituyeron una familia ejemplar con 5 hijas, todas profesionales, tres de las cuales no pudieron resistir el ejemplo y pasión de sus padres por la Medicina y abrazaron esta hermosa y sacrificada profesión cuyo quehacer Pedro Castillo nos enseñó a centrar en brindar alivio y comprensión al que padece. Tuve el privilegio de poder formar parte de un modesto eslabón en la continua cadena de la transmisión del saber y actuar médico al tener a Carmencita Castillo Taucher como interna en mi turno como médico y docente en el Hospital Clínico José Joaquín Aguirre, para constatar que la genética es real y se transmite. La enorme influencia de este maestro se ha extendido en el tiempo ya que tres de sus yernos son médicos y hay tres nietos estudiando Medicina seducidos por la pasión y coherencia que Pedro Castillo puso en todos los quehaceres de su vida.

Recién recibido ingresó ad honorem a trabajar en cirugía en el antiguo Hospital San Vicente de Paul, en la Cátedra A de Cirugía con el profesor Alvaro Covarrubias y se agregó como ayudante en el turno de Don Miguel Tapia de la Maza en la Posta de Urgencia del viejo hospital. En esta última realizó sus primeros pasos quirúrgicos, pasando pronto a Ayudante 2º interino y luego de planta. En 1952 el quehacer quirúrgico se traslada al flamante y recién inaugurado Hospital José Joaquín Aguirre, Hospital Clínico de la Universidad de Chile, que había de ser su casa y escenario de sus enseñanzas y progresos en la cirugía, hasta ocupar por concurso los cargos de ayudante 1º y Jefe de Clínica.

En el año 1958 el Profesor Juan Allamand reemplaza a don Alvaro en la cátedra A de Cirugía y fue en este período, estimulado por el increíble progreso de la cirugía en esos años, que solidificó su posición quirúrgica. Correspondió a los años en que nacía la cirugía cardiovascular y viaja en 1961 becado por la Fundación Lamoliatte a entrenarse con el profesor Zerbini en Brasil. Completa su formación con una beca de la O.E.A. en esta disciplina pasando 6 meses en el New York Hospital de la Universidad de Cornell y otros 6 meses en el University Hospital Michigan State. A su regreso se integra al trabajo de la nascente especialidad, uniendo sus destrezas de prosector y la experiencia adquirida en la formación del laboratorio de Medicina experimental del Departamento de Anatomía, con las habilidades acopladas en su formación en Brasil y EE.UU., para construir el período más fértil de su vida como cirujano. Incursiona en tórax, cirugía cardíaca, hipertensión portal y otros campos de avanzada publicando alrededor de 61 trabajos y ganando con ello varios premios. Esta fue la época en que su vitalidad y talento lo hizo rodearse de médicos jóvenes y deseosos de aprender y plasmó su perfil de Maestro en el arte de la Cirugía.

En 1968, año emblemático en el mundo por los movimientos de reforma universitaria, de los cuales Chile no se abstuvo, asume la dirección del recién creado Departamento de Cirugía que reunía las tres cátedras anteriormente existentes. Esta posición la gana por votación de los tres estamentos participantes, académicos, estudiantes y funcionarios. En cada uno de ellos ganó por mayoría y le correspondió un papel determinante en la estructuración y prestigio del actual Departamento de Cirugía, pues con su tacto y determinación debió limar las asperezas y diferencias que la fusión de los tres servicios produjo.

En 1971 ganó por concurso el título de Profesor Titular de Cirugía, en el apogeo de sus capaci-

dades clínicas, docentes y directivas. Fue en ese año que ingresé a realizar mi beca primaria al Departamento de Cirugía bajo la tutela directa del Dr. Pedro Castillo. Fuimos muchos cirujanos entonces jóvenes que recibimos la influencia de su personalidad en lo humano y en lo técnico en tiempos muy difíciles en que el país, el trabajo y aún las familias se dividían en profundas rencillas ideológicas, que aún después de 30 años y mucho sufrimiento no logramos conciliar.

Pedro Castillo reunió bajo su dirección a muchos cirujanos de diversas tendencias, ávidos de aprender pero bajo un solo prisma, el humanismo, la ética y nuestra pasión por la cirugía. Recuerdo a Guillermo Piwonka, Claudio Drapkin, Raúl Poblete, Alfredo Sepúlveda, Sergio Báez, Julio Yarmuch, Cristián Jensen, Hans Schutte, Gonzalo Cardemil entre muchos que puedo olvidar y que formaron la planta de Residentes del Departamento. Trabajábamos incesantemente todo el día y muchas noches en el Hospital.

Tiempos en que el descubrir un paciente agudo con alguna catástrofe como un aneurisma roto, una perforación esofágica, etc., nos congregaba a todos en torno a Pedro Castillo, para resolver el caso. Recorriamos el hospital en búsqueda de pacientes que requerían soluciones prontas y la Residencia de Cirugía con un cirujano de planta, un becado y un auxiliar técnico para dar anestias, se constituyó en pilar de la atención en las horas en que los hospitales solían y aún suelen reflejar la soledad y el abandono. Quien de nosotros podría olvidar el episodio de tratamiento de una Insuficiencia Hepática utilizando circulación cruzada con el hígado de un cerdo, que evoca la jocosa imagen de un paro cardíaco del porcino, en la inducción efectuada a la entrada del servicio de Urgencia y a Max Arriagada efectuando masaje cardíaco con el cerdo dentro de un carro para ropa sucia y volando por los pasillos a pabellón. Buscábamos pacientes cirróticos en Clase Child A, que constituían parte del interés del Dr. Castillo quien con singular maestría, practicaba anastomosis porto-cava, uniendo su delicadeza de Prosector de Anatomía con un sólido entrenamiento en Cirugía Cardiovascular. Su purismo técnico le permitió resultados excepcionales para una época en que las Unidades de Tratamiento Intensivo recién emergían, pero siempre acompañó sus decisiones de profundas reflexiones éticas y un compromiso personal con el paciente.

Nunca olvidaré su frase: "Lo primero que un cirujano quiere aprender es a operar, luego aprender a cuando debe operar, pero la madurez la adquiere al aprender cuando no debe operar".

La organización del Departamento de Cirugía con 300 camas, 3 salas de tratamiento intermedio, 80 cirujanos y alrededor de 300 personas entre enfermeras, personal auxiliar, secretarías, etc., fue una tarea administrativa titánica que el Dr. Castillo emprendió con igual metodología y eficiencia con la que participó años antes en la organización del laboratorio de cirugía experimental de la Universidad de Chile y la misma que caracterizó a cada acto de su vida. El Departamento de Cirugía del Hospital Clínico de la Universidad de Chile debe su actual prestigio al sólido cimiento sobre el cual Pedro Castillo lo construyó.

Le correspondieron años turbulentos y de gran agitación social y política que finalmente lo hicieron presentar en 1972, la renuncia voluntaria a la jefatura del Departamento en solidaridad con don Alfredo Jadresic, decano de la Facultad de Medicina quien perdiera ese año la elección a la Rectoría de la Universidad.

El 11 de Septiembre de 1973 la vida cambió para todos y en 1975 la carrera académica del Dr. Pedro Castillo Yáñez, fue bruscamente tronchada, siendo exonerado de su cargo y funciones académicas por "el imperativo de lograr una docencia objetiva y pluralista". Este decreto fue firmado por un oscuro y olvidado rector no elegido académicamente, quien ponía así supuestamente fin a la trayectoria de un académico legítimamente elegido. La docencia de cirugía, en especial la formación de postgrado pierde a un bastión que no solo defendía la técnica y la ciencia, sino a un luchador incansable por el ser humano y la ética.

Separado injustamente de la docencia directa, busca al Colegio Médico de Chile como base de su accionar presidiendo desde 1976 el Departamento Científico-Docente de este Colegio. Desde este departamento extiende su vocación innata de docente y formador, iniciando una oferta de becas mediante selección por concurso para médicos en especialidad básica. Organiza junto al Dr. Sergio Puente cursos itinerantes de actualización médica para diversas regiones del país, labor muy solicitada y apreciada en los lugares en que se dieron y en los que muchos de nosotros participamos gustosamente como medio de difusión de los adelantos de la medicina en tiempos, en que las publicaciones en regiones eran difíciles de obtener. Conocedor de las serias dificultades con que se enfrentan los médicos en regiones apartadas, inicia la publicación de "Medicina al Día", resúmenes de importantes trabajos seleccionados de la literatura nacional e internacional, que con tiraje de 6000 a 8000 ejemplares eran esperados con ansias en tiempos en que Internet aun no se asomaba al horizonte.

Sin embargo las dificultades en la vida de Pedro Castillo estaban solo comenzando. Se inicia una etapa terrible en la vida de Pedro y su familia, pues no satisfechos con la exoneración de la Universidad es encarcelado y sometido a tortura psicológica entre otras. No puedo olvidar esa mañana cuando con Julio Yarmuch esperábamos en la sala de espera de la cárcel de mi querido Valparaíso para poder visitar y saludar a nuestro maestro. Apareció envuelto en su chal, pero erguido, digno y no doblegado por la injusticia de verse degradado desde profesor formador de cirujanos ávidos a la insólita condición de delincuente común.

A lo largo de los siguientes años se repiten estas ominosas privaciones de libertad, relegado a Melinka y nuevamente detenido en 1986 con seria amenaza por su vida, después del atentado de la "cuesta del melocotón". ¿Qué podría unir a un eximio profesor del arte quirúrgico, respetuoso del ser humano y de la vida, con un atentado? La obvia respuesta llegó en las numerosísimas llamadas, misivas, reportajes, listas de apoyo desde los sectores más diversos tanto nacionales como internacionales y resumidas en las palabras del recientemente fallecido don Jaime Castillo Velasco "*El doctor Pedro Castillo ha sido detenido a base de una calificación política que no tiene. Se le asimila a un partido al cual no pertenece. Es decir se le ha detenido por una mala información acerca de su persona*".

En el año 1978 Pedro Castillo, siempre coherente con sus principios, confía en sus discípulos, el que habla y en Guillermo Piwonka, para ser intervenido de una Colelitiasis, privilegio que tuvimos que repetir en 1981 por un quiste tirogloso después de su primera experiencia traumática en cárceles. La anestesia la dio Max Arriagada gran amigo del doctor Castillo, quien fallecería un 18 de septiembre en brazos de Pedro por un Infarto agudo del miocardio sin alcanzar a llegar a un centro asistencial. En 1997 otra amenaza se cierne sobre Pedro Castillo en la forma de una insolente proliferación colónica maligna y Carlos Azolas, amigo y discípulo de Pedro se encarga de batir en retirada dicho flagelo.

Repasando la truncada vida médica del Dr. Pedro Castillo llama la atención la cantidad de publicaciones científicas que en su corta trayectoria acumuló, con 61 trabajos científicos en revistas nacionales y algunas internacionales. Una vez alejado de la academia formal no cesa su inquietud de comunicar y nace en él una veta literaria que intenta traducir sus vivencias y publica "*Perito en Cárcel*", "*Pedradas*" y "*Melinka*" como fruto de sus experiencias ya relatadas. A través de Emilio Ellena, profesor de matemáticas de Erika Taucher, quien le

encarga a fines de 1973 preocuparse de Delia del Carril, enferma en neurología del hospital José Joaquín Aguirre, se relaciona con un grupo de intelectuales que se reúnen todos los viernes en casa de la "Hormiga" y fruto de esa relación nace su cuarto libro "Nuestra Hormiguita". Finalmente publica un libro que todo cirujano en formación debería leer: "Cuchilladas: memorias de un cirujano de la segunda mitad del siglo XX". En él expresa su concepto de la cirugía anterior a la aparición de cibernética y cirugía de endoscopios y pantallas. Quiero terminar leyendo el final de este libro:

EPICRISIS-EPÍLOGO

"Son los escritos, sin pretensiones, de una vida dedicada a la Cirugía. De punta a cabo. Contra viento y marea, en todas las circunstancias y en medio de contratiempos y dificultades, algunas duras y dolorosas.

Cada hombre vive su tiempo. A mi me correspondió vivir la madurez en la segunda mitad del siglo XX.

Traté de poner lo mejor de mí, mis mejores

capacidades y toda mi dedicación y tiempo en la Cirugía.

Por motivos que no son para este libro y que presenté en otros escritos, me alejaron físicamente de mis pacientes, mis pares, mis alumnos. En espíritu estuve siempre con ellos.

Quienes me apartaron de la Cirugía, tal vez sin saberlo, me dieron más vida. Siempre sentí que cada paciente, se llevaba un trozo de mis coronarias y de mi corazón. No sabía atenderlos de otra forma. Era mi compromiso. Si me hubieran dejado en mi trabajo, habría terminado muerto en un pabellón de cirugía de mi hospital universitario".

Al cumplir mis cincuenta años el doctor Pedro Castillo me trajo la copia de los protocolos operativos de las cirugías que realizamos durante mi residencia. Además me regaló la "Colada", hermosa tijera de su propiedad, elegante delicada y bruñida como su homóloga en manos del Cid Campeador. Este símbolo de la excelencia quirúrgica reposa en mi vitrina y será legada a quien la merezca en la cadena del traspaso del arte y la sabiduría en nuestra querida cirugía.